

Comentario al evangelio del lunes, 6 de abril de 2020

Queridos amigos y amigas:

La Palabra de esta semana no solo es eficaz porque consigue irnos adentrando en el Misterio Pascual, sino que es también profundamente bella y a poco que te dejes “tocar”, te conmueve.

“Mirad a mi siervo, a quien sostengo; mi elegido, en quien me complazco”, dice el Señor por boca de Isaías. Y miramos a su Siervo, a Jesús. Un hombre bastante solo en estos días; alrededor de Jerusalén, entrando y saliendo de la ciudad con cuidado para no ser detenido. Hasta que llegue el momento. Un hombre fiel, sereno, que sigue con libertad adelante. Pero un hombre que necesita ser sostenido; le sostiene el Padre. Quizá también Jesús recordó aquellos días el salmo 26 que hoy rezamos: *Espera en el Señor, sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor.*

O quizá lo escuchó en boca de sus amigos, en Betania, donde se sentía a salvo. Gracias a Dios, hay personas en nuestra vida con las que nos sentimos seguros; nos ayudan a experimentar que Dios nos cuida y que con ellos nada malo va a pasarnos. Por eso todos necesitamos ir a Betania de vez en cuando. Y más aún cuando “la cosa pinta mal”.

En estos días de aislamiento por el COVID 19 (1 de cada 3 personas en el mundo está ya confinada en sus casas), seguramente estamos experimentando otras formas nuevas de buscar apoyo, cariño, cercanía... Porque no podemos abrazar a los amigos ni visitar a nuestra familia, ni compartir unas risas, ni acariciar... El tacto no puede suplirse con nada, pero como canta [Drexler, “no se toca el corazón solamente con la mano”](#) .

Sin pandemia, María la de Betania sabía bien que “la dolencia de amor no se cura sino con la presencia y la figura”, en palabras de San Juan de la Cruz. Por eso ella “miró al Siervo” que necesita ser sostenido y no dijo nada. Ni una palabra. Sólo tomó el mejor y más costoso perfume que pudo encontrar y acarició (ungió) los pies de Jesús, enjugándolos con su cabellera.

Y la casa se llenó de la fragancia del perfume. La casa se llenó del gesto, de la cercanía sin palabras, del amor más desinteresado: ese que damos cuando nos damos a nosotros mismos. Cuando damos sin ganar nada con ello. Pura desproporción. Puro derroche. Pura gratuidad. Solamente queremos consolar, sostener, calmar, cuidar... Y eso, seguramente, irritará a muchos: algunos te pedirán cuentas, como Judas, porque siempre hay urgencias mayores y necesidades que nos reclaman... Pero María elige y prefiere acariciar el corazón de Jesús, de su amigo que pasa por un momento complicado. Su amigo que, además, es el Señor de su vida.

Ojalá recordemos a esta mujer toda la Semana Santa. Sobre todo, cuando tengamos que elegir entre hacer algo importante, costoso, visible, práctico... o tener un momento de cercanía sencilla con Jesús, nuestro amigo y nuestro Señor. Todo lo demás no está mal (prácticas religiosas, ritos, sacrificios, ofrendas, rezos, vigiliass...) pero hay momentos en que merece la pena elegir un perfume y derramarlo con alguien. Y si esto vale para Jesús, ¿por qué no vivirlo también con los hermanos?

Vuestra hermana en la fe,

Rosa Ruiz, Misionera Claretiana

Rosa Ruiz, Misionera Claretiana

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org